

Conferencia magistral

«Predecir lo impredecible: el futuro del trabajo»

Montevideo (Uruguay), 16 de diciembre de 2015

GuyRyder, Director General de la OIT

Excmo. Señor Vicepresidente de la República Oriental del Uruguay, Dr. Raúl Fernando Sendic,

Excmo. Señor Ministro de Trabajo y Seguridad Social, Sr. Ernesto Murro,

Señoras y señores de la Cámara de Industrias del Uruguay y de la Cámara

Nacional de Comercios y Servicios.

Señoras y señores del Plenario Intersindical de Trabajadores – Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT),

Señoras y señores:

Deseo agradecer al Señor Presidente de la República, Dr. Tabaré Vázquez, al Señor Vicepresidente Raul Sendic y al señor Ministro de Trabajo y Seguridad Social, Sr. Ernesto Murro, su amable invitación para pronunciar esta conferencia

magistral y también por la oportunidad que me han brindado de volver nuevamente al Uruguay.

Me han pedido que aborde el tema «Predecir lo impredecible: el futuro del trabajo», un tema muy vasto y con mucho potencial de reflexión, y sobre todo con potencial para equivocarse, ya que, como se dice, «Hacer predicciones es muy difícil, especialmente cuando se trata del futuro».

Pero permítanme, antes, que me detenga en algunas reflexiones (tres, en concreto) sobre el arte — o ciencia — de la predicción.

En primer término, todos hacemos predicciones, y por distintos motivos: para optimizar ya sea los resultados de una empresa o bien los beneficios derivados de una política, y también para gestionar los riesgos. Nuestros actos de hoy están, pues, muy condicionados por las expectativas que ponemos en el futuro. Con esto quiero decir que el propio hecho de hacer predicciones tiene un efecto real en el curso de los acontecimientos.

En segundo lugar, tenemos una tendencia a querer ignorar nuestra propia experiencia y el hecho de que el futuro por su naturaleza es incierto, para así anular cualquier duda sobre nuestras predicciones. Se suele decir que las previsiones económicas son como las previsiones del tiempo, pero menos exactas. Reconocer los motivos por los que nos equivocamos es difícil en el plano humano, e incómodo desde una perspectiva política.

En tercer lugar, hacer predicciones no es una actividad inocente, lo que afecta su rigor y objetividad. Independientemente de cuáles sean nuestras

intenciones, el objeto que elegimos para nuestras predicciones son fruto de una combinación de tres elementos: lo que los datos nos llevan a pensar que ocurrirá, lo que nos gustaría que ocurriera y lo que nos convendría que ocurriera.

Señoras y señores:

Esas tres reflexiones, y todas las demás cuestiones que quisiera abordar hoy, tienen un denominador común, a saber, que el futuro no está trazado de manera definitiva o inalterable por la realidad actual.

Es decir, nuestro destino colectivo no está «escrito en las estrellas». En él interviene el factor humano. Si actuamos con la voluntad necesaria, si somos capaces de fijarnos suficientes objetivos comunes, ese destino podrá ser muy semejante a lo que queremos lograr. Esto es una cuestión trascendental en el mundo del trabajo, más que en ningún otro ámbito.

Los esfuerzos que realicemos se podrían guiar por dos ideas, dos palabras, que se escuchan mucho en estos momentos: «sostenibilidad» e «inclusividad».

Creo que todos somos conscientes de que la sostenibilidad es necesaria en el mundo del trabajo. Conseguir un entorno favorable para las empresas sostenibles es una de las principales preocupaciones de los empleadores en el seno de la OIT. Y la de los trabajadores es que se les respeten sus derechos. Desde que se empezó a pensar en el concepto de sostenibilidad en los debates sobre el medio ambiente — que se iniciaron hace un cuarto de siglo — hasta ahora hemos alcanzado un consenso, que descansa sobre tres pilares: un pilar económico y otro social, además de uno ambiental. Y esos pilares forman parte del eje central de la

Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas hace poco más de tres meses.

Un elemento destacado de esa agenda es la necesidad de inclusividad y, concretamente, la necesidad de un crecimiento inclusivo.

Y por lo tanto tenemos que abordar el reto del empleo. En un mundo con más de 200 millones de personas sin empleo (una cifra que no cesa de aumentar) y con 40 millones de jóvenes que cada año se incorporan al mercado de trabajo, la consecución del objetivo de desarrollo sostenido, inclusivo y sostenible con empleo pleno y productivo y trabajo decente para todos adoptado por las Naciones Unidas exigirá la creación de nada menos que 600 millones de puestos de trabajo antes de que finalice 2030.

Lo más probable es que sean empleos en el sector de los servicios, que actualmente representa alrededor del 49 por ciento del empleo total, frente a la agricultura — 29 por ciento — y a la industria — 22 por ciento.

Tenemos que preguntarnos si estamos tomando en serio este desafío. Si prestan atención a lo que dicen nuestros dirigentes políticos, la respuesta es que sí. Sin embargo, nuestro desempeño no está a la altura de ese compromiso. Desde la crisis de 2008 la economía mundial se encuentra en una trayectoria de crecimiento más lento que antes de la crisis.

El mundo se dirige actualmente hacia una dinámica muy clara de menor crecimiento y las noticias que nos llegan de las economías emergentes, así como

las dificultades que persisten en Europa, ofrecen pocas perspectivas de una mejoría.

La magnitud del reto que supone la creación de empleos la podemos medir de manera fiable gracias a la demografía, que es la más exacta de las disciplinas de la predicción. En nuestros tiempos, sabemos cuántos niños nacen y dónde nacen. Todos aceptamos, con pesar, que cada día que pasa vamos envejeciendo y que, al final, vamos a morir. Por lo tanto la demografía suministra al mundo del trabajo datos sobre dos retos muy objetivos e inevitables.

El primer reto es el que plantean la economía del envejecimiento y las crecientes tasas de dependencia, y sus consecuencias, en especial para el futuro de la protección social. El segundo reto es el tipo de relación tan diferente que existe entre la oferta y la demanda de empleo en cada región o subregión. En gran parte del mundo en desarrollo el dinamismo demográfico está superando la creación de empleo decente, mientras que en otros países, especialmente en el mundo industrializado, se está produciendo un estancamiento demográfico que provoca una disminución de las tasas de participación en el mercado de trabajo.

La complejidad de los tipos de políticas que se derivan de esas circunstancias es innegable, pero es posible extraer una conclusión muy clara de esa complejidad, a saber, que la movilidad de los trabajadores será una característica muy importante del trabajo en el futuro. Actualmente ya hay 230 millones de migrantes en el mundo y esta tendencia va en aumento a pesar de una leve disminución que se observó justo después de la crisis. Además, estamos viendo día a día un número sin precedentes de personas desplazadas y en movimiento,

personas que padecen por situaciones de sufrimiento y violencia. Millones de personas están abandonando sus hogares junto con sus familias por motivos que no están relacionados con el trabajo, pero que, inevitablemente, tendrán consecuencias para el mercado de trabajo. También los refugiados necesitarán trabajar para ganarse la vida.

Dramas como éste son los que ponen a prueba primeramente nuestros reflejos humanitarios y solidarios. Y, en el contexto europeo actual, en el que se está debatiendo esta cuestión, es justo recordar que las autoridades y los ciudadanos de otros países, incluido el Uruguay, están teniendo un gesto de solidaridad proporcionalmente mucho mayor que el que ahora se le pide a Europa.

Con todo, a más largo plazo el reto consistirá en poder gestionar de manera permanente y ordenada la migración laboral, respetando plenamente los derechos de los trabajadores y respondiendo a las necesidades legítimas de los países de origen y de destino.

A medida que la OIT ha hecho el esfuerzo de mirar más allá del ámbito inmediato de las políticas, he podido comprobar y descubrir que existe todo un colectivo que se dedica a una disciplina que antes se me presentaba como una noción muy vaga: la futurología. Parece que es una actividad respetable. Ahora podemos incluso predecir con mayor precisión los efectos probables que podrían tener en el futuro las invenciones y la innovación tecnológicas.

La cantidad de trabajos que ya se están realizando sobre estos temas y la variedad de las conclusiones a que han llegado, alcanza proporciones fenomenales.

Me limitaré a tratar un solo aspecto que, a mi juicio, es un elemento esencial del debate sobre el futuro del trabajo.

En pocas palabras, se trata de saber si la transformación tecnológica actual y la que viene es comparable o no con situaciones anteriores que dieron inicio a procesos de cambios revolucionarios en el mercado de trabajo. Algunos pueden pensar que sí son comparables y que la historia demostrará, como en el pasado, que tras los procesos de transformación que provocan grandes cambios y — para algunas personas — situaciones convulsas y dolorosas, tendremos un mundo del trabajo mejor como resultado de la próxima revolución tecnológica: una mayor productividad, la liberación del trabajo extenuante y deshumanizador, más puestos de trabajo y, sobre todo, un gran avance en el logro de la prosperidad mundial.

Sin embargo, otra escuela, con argumentos muy convincentes, sostiene que la situación actual no se ajusta a este molde. Esta vez la relación creación-destrucción de puestos arrojará un saldo negativo, y la ecuación “schumpeteriana” de la destrucción creativa dará una solución menos positiva que en otros momentos del pasado, cuando por lo general se terminaba por salir adelante. Esta vez, la gran diferencia es que las tecnologías futuras tienen la capacidad intrínseca de trastornar por completo los sistemas de organización de la

producción y las relaciones entre los proveedores de bienes y servicios y quienes los buscan.

Algunos futurólogos ya prevén que unas cuantas plataformas de producción trabajarán en línea en todo el mundo y serán los pilares de la economía mundial, en un futuro que llegaremos a conocer. Esas plataformas no tendrán mucho que ver con la noción de empresa tal como la concebimos. No van a emplear directamente a nadie o a muy poca gente.

Si estas predicciones llegan a cumplirse o si se cumplen de algún modo, nos enfrentamos a un proceso de transformación sin precedentes, que exigirá una refundación de las instituciones del mundo del trabajo, instituciones que, a pesar de sus muchas transformaciones, nos han acompañado por más de un siglo.

El caso es que todavía hay otro reto más o igualmente importante porque es una cuestión que nos resulta muy familiar. Este fenómeno es una desigualdad grave y creciente que se ha descrito como un rasgo y el desafío distintivo de nuestra época. Una desigualdad muy extendida desde hace mucho tiempo y que está muy arraigada en el mundo del trabajo y de las estructuras productivas.

Para mí lo sorprendente es que, en este caso, ya se ha hecho un diagnóstico del problema, pero todavía no se ha iniciado una reflexión seria para plantear soluciones. Esto se debe tal vez a que ciertos procesos que operan en la economía mundial, por su propia naturaleza, acentúan la desigualdad (intensa competencia por atraer a trabajadores con calificaciones poco frecuentes, la automatización o bien la desvalorización de otros tipos de calificaciones, la movilidad de la producción y el hecho de que la proporción de los ingresos generados que reciben

los trabajadores se va reduciendo cada vez, lo cual rompe los esquemas seculares que regían esta distribución del ingreso). El trabajo de reflexión tampoco ha empezado por el temor muy natural de que las medidas correctivas (aumentos de los salarios mínimos, una mejor protección social, una mayor redistribución fiscal o un fortalecimiento de la negociación colectiva) resulten perjudiciales para la competitividad económica. Las iniciativas para mejorar los sistemas educativos suscitan un tibio consenso, pero por sí solas no bastarían para resolver el problema.

Aun así es muy difícil aceptar la posibilidad de que durante los próximos 30 años la desigualdad pueda seguir aumentando al ritmo de los últimos 30 años. Porque si esto ocurriera, sería verdaderamente imposible predecir las consecuencias, salvo que serían catastróficas.

Señoras y señores:

He repasado algunos de los factores clave que determinarán la impredecible trayectoria que seguirá en el futuro el mundo del trabajo. Espero haber explicado bien las razones por las que la OIT decidió poner en marcha una importante iniciativa sobre el futuro del trabajo para conmemorar el centenario de su fundación en 1919. Esa iniciativa comienza ahora con cuatro conversaciones del centenario tituladas: «Trabajo y sociedad», «Trabajo decente para todos», «La organización del trabajo y la producción», y la «Gobernanza del trabajo». Y no se trata de un simple ejercicio académico o conmemorativo, sino de una iniciativa con la que se pretende responder a las cuestiones a las que me he referido hoy y a muchas otras de las que no he podido hablar por falta de tiempo.

Lo que quiero hacer es invitarlos a participar en esta iniciativa. Promete ser muy interesante y enriquecedora, y corresponde muy bien con los objetivos que se han fijado los uruguayos.

Para terminar, haré un último comentario de orden personal.

El contexto en el que estamos abordando estos problemas no sólo se caracteriza por dificultades económicas graves, sino también por un recrudecimiento de las tensiones geopolíticas y una exacerbación de los conflictos y el extremismo. Una de las peores predicciones de los últimos tiempos ha sido que el final de la Guerra Fría supondría el «final de la historia». Hace poco, un destacado embajador en Ginebra me corrigió cuando sugerí que habíamos reanudado con la política de enfrentamiento de la Guerra Fría. «No», me dijo, «lo que está pasando hoy es mucho más complicado — y también más peligroso».

Para salir adelante en estos tiempos turbulentos la mejor solución es incrementar la cooperación internacional, y por ende, las inversiones en el sistema multilateral del que forma parte la OIT. Sin temor a equivocarme, puedo afirmar que cuanto más fuerte sea el sistema internacional, podremos hacer frente con más éxito a los urgentes retos mundiales que tenemos ante nosotros.

Nuestra generación puede ser la primera que tiene en sus manos el poder de liberar a ese 10 por ciento de la humanidad que sigue viviendo en situación de pobreza extrema, pero esta generación también es la última que puede salvar el planeta de la destrucción del medio ambiente. Para conseguirlo, la comunidad internacional debe ser capaz de dejar a un lado cuestiones de interés secundario y

aunar sus fuerzas en pro de la sostenibilidad y la inclusión, que son imperativos comunes a todos y que son fundamentales.

Se trata de mensajes dirigidos a la OIT y a los tres grupos de mandantes: empleadores, gobiernos y trabajadores. En los últimos años, hemos mantenido debates difíciles sobre cuestiones muy importantes como, por ejemplo, las normas internacionales del trabajo. No hay nada malo en ello — porque, de hecho, esos debates pueden ser necesarios y beneficiosos. Defender ideas e intereses cuando hay divergencias es una acción legítima e inherente al mundo del trabajo. No obstante, la defensa de esas ideas e intereses debe llevarnos con más fuerza a buscar el consenso y el compromiso que necesitamos para que el tripartismo funcione y que la justicia social prevalezca.

El futuro del trabajo que nos gustaría ver será resultado de nuestros esfuerzos comunes por hacer realidad una visión común. Predecir si llegará a materializarse depende poco de las reflexiones que he podido compartir con ustedes en el día de hoy — aunque espero que puedan ser de alguna ayuda — y mucho de la voluntad y la habilidad de todos ustedes y de todos sus asociados en el trabajo.

Finalmente, quiero citar a ser humano de vocación universal, el Papa Francisco, quien en su carta **ENCÍCLICA LAUDATO SI'** hace una invitación urgente a un nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta e **indica, y cito:** “en cualquier planteo sobre una ecología integral que no excluya al ser humano es indispensable incorporar el valor del trabajo”.

Esta visión de una nueva cultura del trabajo, como la que plantea el Papa Francisco, es parte del futuro con el que todos debemos comprometernos.

Les agradezco la atención que me han prestado.

* * *